



Entrega X 2



THE GREAT CONVENT

2 X

regeneracion. Hoy el soldado de la libertad debe besar las baldosas de las iglesias, para que un dia pueda quemar cartuchos y esgrimir la espada; hoy se ve forzado á admitir las caricias del que un dia combatirá frente á frente ó arrojará de su lado con ira y con desprecio. No inculpeis mi finjimiento, si soy hipócrita con los hipócritas, es porque no quiero inutilizarme para el dia del combate, es porque quiero ganar tiempo para entretener á los que quieren encadenarme, apagando mi mas dulce esperanza que es la luz de mi corazon.

Un murmullo de aprobacion acojió las palabras del entusiasta jóven cuyos ojos despedian fuego. La curiosidad cada vez mayor de los circunstantes, hizo que nadie le contestase á fin de no interrumpirle. El número once prosiguió:

—Yo he finjido, amigos mios, durante una hora, yo que no sé ocultar un instante los pensamientos que me dominan y he fingido tan bien, añadió con una sonrisa de satisfaccion que pasó como una ráfaga de luz por los rostros de todos los circunstantes, que todo un fraile me ha aplaudido.

—En ello habeis alcanzado un gran triunfo, porque esto equivale á aventajar á los maestros del fingimiento, observó uno de los socios; pero sepamos, añadió, cuál ha sido el poderoso motivo que ha cambiado tan completamente vuestro carácter.

—Vais á saberlo: un dia uno de los compañeros que nos llamamos aquí reunidos, me dijo al oido:—En vuestra frente veo estampado el sello de la tristeza; un pesar oculto destroza vuestro pecho; ¿puedo hacer algo por vos? Sabeis que podeis disponer á vida y á muerte.—Mi amigo, que se halla aquí presente, no ignora que nunca le he ocultado ningun secreto y una sola palabra bastó para que conociera cual era el mortal tormento que me afligia. Se trataba de la dicha ó de la desgracia de toda mi vida, y me hago un deber de confesarlo, aquí delante de los que tambien tienen mi fé de amigo y con quienes me ligan solemnes juramentos; ¡mi protector sacrificó hasta su reposo para asegurar el mio. Pero desgraciadamente todos nuestros esfuerzos se

estrellaron ante la inflexible voluntad paternal, y desalentados, fatigados en una lucha desigual, juramos vengarnos en los autores de nuestra desdicha, porque mi padre, habeis de saber, amigos míos, que es esclavo de la voluntad ajena y esa voluntad reside en el claustro. Esto os explicará también, porque el día que me admitisteis como pobre soldado en la noble empresa de destruir la más espantosa de las esclavitudes, no titubeé un instante en someterme á las más severas pruebas y en arrostrar toda suerte de compromisos. Ahora bien, hacia muchos días que no me había sido dado ver á la señora de mis pensamientos, cuando esta mañana he recibido un aviso confidencial participándome que asistiera al jubileo de Nuestra Señora. La hora del jubileo era la hora de nuestra cita; faltar á ella era faltar á un deber, pero renunciar al placer de contemplar durante algunos instantes á lo que amo más que á mi vida, hubiera sido cerrar los ojos á los cielos que se abrían á mi vista. Asistí al jubileo corriendo riesgo de faltar á mis compromisos, y para disimular el objeto que me llevaba á la casa del Señor, me postré con los que se postraban, y rogué con los que rogaban, y muy ardientemente supliqué al que todo lo puede, que con la paz entre los príncipes concediera á la España la dicha de verse libre de tiranos.

—Aunque la sociedad de la Luz no exige á sus socios que revelen los motivos que les animan para contribuir con su vida y su hacienda á la grande obra de la regeneración social, dijo el que hacia las veces de presidente de aquella asamblea nocturna, vuestra ingenua confesión os disculpa la tardanza y deberá explicarnos los informes que sin duda no tardarán á llegar á nosotros acerca de vuestra extraña conducta en la tarde de este día destinado precisamente para recibir vuestros últimos juramentos. La asociación, así por vuestra noble cuna y el distinguido rango que ocupáis en la sociedad, como por vuestra juventud y firme resolución, se promete mucho de vos, y una vez más os interroga por boca de uno de sus jefes si tendreis valor

para acometer las peligrosas empresas que se os confien, si....

—¿Si tendré valor? repuso el jóven interrumpiendo al jefe de la asamblea. ¿Si tendré valor me preguntais? añadió con el acento de la ira. Aunque fuese el hombre mas cobarde del mundo, deberia tenerlo, como lo tiene el débil avaro que le roban su tesoro, como lo tiene la avecilla á la cual ha sorprendido su nido la serpiente venenosa. Pero no escijais de mí mas juramentos; mandadme que obre y sereis obedecidos, armad mi brazo, y mi brazo obrará con vuestra voluntad cumpliendo al propio tiempo mi venganza.

—No ha llegado todavía el momento favorable; pero este momento llegará para la infortunada España. Ahora mas bien que víctimas espiatorias, necesitamos prosélitos decididos como vos. Nuestra causa es harto noble para apoyarla en el derramamiento de sangre. No sigamos el ejemplo de los que con la capa de la religion levantan cadalsos y encienden hogueras; sean nuestras únicas armas la luz de la verdad. Nuestras filas son todavía muy reducidas, y muy numerosas las de nuestros enemigos; la lucha por muy desigual nos seria ahora funesta. Nuestra mision pues, debe limitarse al presente á ilustrar á la ciega multitud; sembrad la buena semilla que el fruto llegará á sazonar. Si en la union está la fuerza, unámonos y seremos invencibles; los tiranos solo imperan sobre los débiles. Todas las clases entran en nuestra obra de regeneracion, porque los buenos patriotas no reconocen rangos ni categorías: el privilegio mata la sociedad.

El estilo sentencioso, su amor á la patria y el acento de conviccion de aquel anciano, lo asemejaban á uno de aquellos celosos comuneros que dos siglos antes con Padilla á su frente, habian intentado dar la libertad á Castilla y tal vez á la España entera. Como las comunidades de Castilla, la sociedad de la Luz llevaba el objeto de formar una liga poderosa en toda España para arrancar del poder los derechos que debian pertenecer al pueblo. Aunque en mucha menor escala, contaba ya entre sus afiliados individuos de las principales clases del estado y tambien poderosos

recursos. La continuacion de esta historia nos dará á conocer como encontró en el claustro una fortaleza inespugnable de donde partieron los tiros que mas estragos causaron en sus filas, retardando indefinidamente el logro de sus nobles aspiraciones.

Aquella noche se habian reunido algunos de los principales jefes en el lugar que ya conoce el lector, para explorar si era firme y constante la voluntad de uno de sus mas jóvenes individuos, en quien sin embargo fundaba aquella muy lisonjeras esperanzas; porque la teocracia entre sus poderosos elementos de conservacion, contaba á la nobleza, que preciso es confesar, ya por sus inmensos privilegios, resto del feudalismo, ya por la participacion que se le concediera en el poder, estaba empeñada por motivos de interés y de orgullo, en sostener el absolutismo que albagaba sus instintos. Así es que la desercion de sus filas de un miembro importante, considerábalo la asociacion como una adquisicion importantísima muy útil á sus planes del porvenir. El jefe pues, que era persona experimentada y que no dudó ya de la sinceridad de aquel jóven, hubo de conocer que mientras existiera el poderoso motivo que le habia impulsado á abrazar aquella causa, la asociacion deberia contar con un esforzado adalid. Aprovechando aquellas felices disposiciones, no exigió del jóven, como antes llevaba intencion de hacerlo, nuevos juramentos, sino que insinuando el propósito anunciado de robustecer la asociacion y esperar el momento favorable para obrar, añadió:

—La asociacion se persuade que os habreis hecho cargo de cuales son sus intenciones y que obrareis en consecuencia. Vuestro estado y condicion os ofrecen medios poderosísimos para desempeñar dignamente el apostolado del que ya formais parte, y recordad que cumpliendo con los deberes que os habeis impuesto, cumplís con la mas noble de las venganzas. Obrad, la sociedad aplaudirá vuestros esfuerzos, y siempre contará con vos en las empresas mas difíciles.

—Mucho me tarda el dia de la prueba, para mostraros que los hechos deberán corresponder á las palabras.

—Entretanto se os recomienda la prudencia. La perfidia que nos cerca debe hacernos muy cautos. Obrad, como lo hacen nuestros enemigos. Pronto la asociacion os dará instrucciones, porque ya la luz empieza á asomar en Occidente. La Francia acaba de romper sus cadenas y España es el pais clásico de la libertad.

Una ligera pausa que siguió á aquellas palabras fué aprovechada por uno de los socios, quien tomando una de las copas que habia sobre la mesa, llenóla con el resto de líquido que quedaba en una de las botellas, y levantándola en lo alto exclamó:

—¡A la próxima libertad de España!

Algunos de los socios intentaron secundar aquel brindis, pero no les fué posible, porque las copas y botelias estaban vacías. Entonces uno de los concurrentes dirigiéndose apresuradamente hácia una de las puertas que daban entrada al salon, abrióla de par en par y al través de la profunda oscuridad que reinaba en aquel sitio gritó:

—¡Murciélago! Que nuestros gaznates están secos y las botellas vacías! Dormilon maldito, que nos haces ayunar mal de nuestro grado. Ea, pronto, tráenos vino en abundancia!

—Sí, sí, repitieron varias voces; es preciso brindar por el triunfo del número once que es nuestro triunfo.

Pocos momentos despues, á la débil luz de la lámpara, vióse aparecer en el salon, salvando cuidadosamente los escollos de que estaba sembrado, un raro ser, digno huésped del Castillo del Diablo.

Preciso es que digamos algunas palabras acerca de este nuevo personaje.

Murciélago, antes de morar ocultamente en aquellas ruinas, habia servido por espacio de muchos años de mandadero ó donado en un convento. Huérfano desde su mas tierna edad, el claustro habia sido su casa y los religiosos su familia. Educado bajo las máximas que estos le habian inculcado, sus ojos y sus oidos solo veian y escuchaban lo que los padres querian que

viese y escuchase. Su lealtad y abnegacion durante su juventud fué á toda prueba, pero ya entrado en años, el infeliz mandadero fué víctima de su excesivo celo. Un dia su boca se abrió cuando debia haber permanecido herméticamente cerrada, y aquellos hombres que tan fielmente habia servido, olvidaron en un momento sus servicios de toda la vida. En vano el mandadero protestó de su inocencia y de sus buenas intenciones; los frailes nunca perdonan el agravio que creen haberseles hecho, y Murciélago, de los pórticos del convento, pasó á las cárceles de la Inquisicion. Ignorábase lo que fué de él durante su larga reclusion; pero si logró salvar la vida, perdió para siempre la palabra. Para que su lengua no fuese otra vez culpable, quedó mutilada. Para la Inquisicion era la humanidad un juguete, y como á tal frecuentemente se complacia en atormentarla, y en sus delirios de sangre y en su refinada crueldad, no siempre imponia la muerte á sus víctimas; muchas veces la mutilacion, que es peor que esta, recordaba incesantemente á aquellas su desgracia y su rencor.

Murciélago habia escapado con vida de las manos sangrientas del Santo Oficio y aquel infeliz temiendo á cada instante que aquellos hombres desapiadados se arrepintiesen de haber sido demasiado indulgentes con él, apenas se vió libre, corrió á esconderse si hubiese sido posible debajo de la tierra. Durante algun tiempo permaneció de dia oculto á las miradas de los hombres y solo de noche, como un criminal pregonado por la justicia ó como un inundo animal nocturno, salia de su escondrijo para procurarse el preciso alimento. No encontrándose nunca seguro y buscando siempre un sitio mas retirado, dió por fin con las ruinas del Castillo del Diablo y en sus desiertas galerías y en sus oscuros subterráneos fijó definitivamente su morada. Pero no tardó el mutilado en ver al principio con sorpresa y temor y despues con satisfaccion, que no se hallaba solo en las ruinas; y el extraño compañero que Dios le concedió en la soledad y del cual nos ocuparemos muy pronto, al paso que le sirvió de consuelo y amparo

en su horfandad, ausilióle tambien admirablemente para llevar á cabo los proyectos de venganza y ambicion que no tardaron en despertarse en su pecho.

La asociacion de la cual algunos de sus individuos se hallaban reunidos aquella noche en aquel sitio, si bien su divisa era la Luz, por motivos que fácilmente adivinará el lector, necesarias le eran las tinieblas, porque si el mutilado sabia por esperiencia el comportamiento que con sus enemigos guardaban los frailes y sus tribunales, á la asociacion, creada para combatir su influencia, le eran conocidas muy mucho su vigilancia y sus castigos. Así es que una y otro se convenian admirablemente; y la asociacion que sabia que podia fiarse del mudo, y el mudo que no ignoraba que los intereses de la asociacion eran sus propios intereses, mútua y recíprocamente se habian dado la mano y se respetaban y protegíanse como buenos amigos.

Desde que los conjurados se habian puesto en contacto con el mutilado, ya no le faltó nada á éste de lo necesario para permanecer constantemente en su escondrijo, y despues de haber provisto de lo necesario el interior de la misteriosa morada, ya para su subsistencia, ya para obsequiar á sus nocturnos huéspedes, procuró con no poco tino y talento ahuyentar de aquel sitio á algunos osados curiosos que alguna vez se habian acercado á él.

Aquella noche pues, como otras veces, el habitual huésped del Castillo del Diablo, á quien los socios habian bautizado con el significativo nombre de Murciélago, hacia los honores de la fiesta, y ya apuradas las primeras botellas, á invitacion, como acabamos de ver, de los concurrentes, nuevamente cubrió la mesa para que estos pudiesen una vez mas brindar por el triunfo de sus ideas.

El resto de la noche, como su principio, se pasó en vítores y libaciones, y ya eran las primeras horas de la madrugada, cuando Murciélago se acercó reverentemente á sus protectores y estendiendo su mano de la luz de la lámpara al oriente, significóles que la del dia no tardaria en aparecer.

—En efecto, dijo el socio mas anciano; hora es que nos reti-

remos y que cada uno de nosotros tome diverso camino á fin de no despertar ninguna sospecha en el caso de ser vistos. Vosotros que sois los directores de los principales círculos, participad á los compañeros que nuestras esperanzas se van cumpliendo; que no cejen en su noble propósito y que acabamos de estrechar en nuestros brazos á un distinguido y apreciable consocio.

Y el presidente, despues de haber puesto en obra sus palabras y hacer otro tanto los individuos de la reunion, uno en pos de otro, silenciosamente salieron del salon.

Solos quedaron el anciano, el número once y Murciélago. El primero, despues de haber estrechado cordialmente la mano del jóven, le dijo en voz baja.

—Mucho fio de vos; pero recordad que si llegaseis á faltar á vuestra palabra, ni ellos ni nosotros os perdonaríamos. Como ellos, nosotros nunca morimos. Tal vez dentro muy pocos dias tenga necesidad de vuestro noble concurso.

El jóven dió con efusion un abrazo al anciano y desapareció.

Este llamó con una seña á Murciélago, que se conservaba á una respetuosa distancia, para que se acercase y poniéndole en la mano una bolsa, le dijo:

—Tomad en pago de vuestra lealtad y tambien de vuestros servicios. Dentro veinte dias mandadme vuestro mensajero, que tal vez tendré necesidad de él.

El mudo hizo un signo afirmativo y acompañó al anciano hasta el descanso de la escalera de caracol, que ya conoce el lector.

Cuando ya no se oyeron las pisadas del último de los concurrentes de la asamblea, á la que acabamos de asistir, el mutilado se dirigió apresuradamente al salon.

La luz de la lámpara acababa de extinguirse.

II.

Mudo y ciego.



PENAS Murciélago se vió solo en el salon que acababan de desocupar los doce miembros de la sociedad secreta, batió suavemente las palmas y cuasi simultáneamente con el dedo pulgar ó índice de su mano derecha produjo un chasquido sonoro que repitieron débilmente los perdidos ecos de aquel vasto aposento.

Instantáneamente puede decirse aparecieron como evocados por un poder mágico, ó para hacer mas sensible la comparacion, como esas figuras inanimadas que asoman repentinamente por escotillon en la escena teatral, dos seres estraños, son á saber: un hombre y un perro. Murciélago no pudo verlos, porque, como hemos dicho, todo habia quedado sumido en las mas profundas tinieblas; pero adivinó, ó mejor sintió su presencia, pues si el primero murmuró algunos monosílabos ininteligibles, el segundo lanzó un gruñido de satisfaccion. Para aquellos dos seres era inútil la luz: el hombre era ciego de nacimiento; el animal además de su natural instinto y de una inteligencia y olfato esquisitos, como Murciélago, estaba tan acostumbrado á las tinieblas, que así obraba en la oscuridad como bajo el influjo de los rayos luminosos.

Un instante despues á otra seña que les hizo el mundo, el ciego y el perro se pusieron en movimiento precediendo éste á aquél, y apesar de los rodeos que uno y otro debian dar para evitar los escollos de que estaba sembrado el piso, en breves momentos llegaron al estremo del corredor que daba salida al patio exterior del castillo. En aquel sitio el ciego detuvo sus pasos, pero no el perro, que salió al patio, el cual recorrió en toda su estension olfateando atentamente todos sus escondrijos.

En tanto que el fiel animal cumplia escrupulosamente su exámen, el ciego, con tanta destreza como agilidad, amontonaba á la entrada del angosto corredor enormes piedras labradas que habian sido retiradas en un recodo cercano; y lo mas notable era que en semejante tarea, á pesar de faltarle uno de los sentidos mas necesarios, lo hacia con mucho arte y no ocasionaba el mas leve rumor. Dijérase que las duras piedras que adrede colocaba en artificioso desconcierto, eran de una materia sumamente blanda. Cuando en la parte superior de aquel robusto muro no quedó entre él y el arco del corredor mas espacio que el necesario para pasar el cuerpo del perro, el ciego se encaramó hasta aquel agujero y aplicó atentamente el oido

Pocos momentos guardó el ciego aquella posicion. Su experimentado oido hubo de convencerle que á mucha distancia de aquel sitio, como no fuese el perro, que cada vez mas iba acercándose, no habia ningun sér viviente que pudiese inspirarle recelo. Así es que dando un salto al corredor, murmuró con satisfacción.

—Estoy persuadido como si lo viera, que no hay un alma viviente á una distancia de un cuarto de hora.

—Luego dando algunos pasos exclamó con tono interrogativo:

—¿Quién?

Este era el nombre del perro. Al dárselo, el ciego, como en todas sus resoluciones, habia tenido en cuenta sus consecuencias y ventajas. Llamando á su compañero, guia y defensor, interro-

gaba al propio tiempo á los que ocultamente podian encontrarse á su paso.

Quien, si bien pertenecia á la raza de los mastines ordinarios, por su inteligencia y astucia dijérase corresponder á la familia de zorras y por su fiereza y arrojo á la de los lobos y chacales. Un naturalista se hubiese visto embarazado para clasificar debidamente aquel animal, tan intrépido defensor en el peligro, como amigo fiel y adicto á su amo. *Quien* no tenia mas que un pensamiento, una necesidad, una pasion y estos eran los del ciego. Mil veces para atestiguarle su amor, habia despreciado los mayores peligros, el cansancio, el hambre, las intemperies, las privaciones de toda especie; con sus caricias le consolaba cuando le veia afligido y le ayudaba á sobrellevar una existencia miserable y olvidada de los hombres; incesantemente lo alentaba con sus recursos admirables y parecia que su amor se acrecentaba cuanto mas le veia oprimido por la adversidad. Durante mucho tiempo ayudóle aquel perro mas allá de sus fuerzas, escediéndose, por decirlo así, á sí mismo, desempeñando comisiones importantes y hasta evitando á su dueño la vergüenza de la mendicidad. *Quien* en fin llegó á olvidar no pocas veces el instinto de su propia conservacion para no pensar mas que en la de la persona á quien tanto amaba.

A la voz de su amo acudió apresuradamente el perro, despidiendo un lijero ronquido que equivalia á decir: podeis retiraros tranquilo; no hay ninguna persona sospechosa á nuestro alrededor. Comprendiólo así el ciego y cerrando el boquete por donde acababa de entrar su compañero, se encaminó hácia la escalera de caracol que ya conoce el lector.

En mitad de ella habia dos escalones movibles que podian ponerse y quitarse á voluntad del que estaba en el secreto, y el ciego, que como veremos mas adelante, no olvidaba ninguna precaucion para impedir la entrada á cualquier *despreocupado* en la morada del Diablo, que era la suya propia, no olvidó levantar los dos referidos escalones, haciendo sumamente difícil que una persona que hubiese logrado vencer la primera puerta

de piedra que había en la entrada del corredor bajo, pudiese salvar el espacio vacío que había de hallar en mitad de la escalera. Ya llegado al único descanso, atrancó con doble barra de hierro la macisa puerta forrada con plancha del mismo metal que daba entrada al piso principal, y satisfecho de su obra se dirigió al encuentro de Murciélago con paso firme y seguro.

El mutilado le aguardaba sentado en una de las desvencijadas sillas que había colocadas junto á la mesa perniquebrada. La luz de la aurora empezaba á brillar en oriente y penetraba por una gran rendija en forma de tragaluz que había en lo alto del salon.

—El camino de los afiliados, así era conocido por los huéspedes habitantes del castillo, el que seguian los individuos de la Sociedad de la Luz cuantas veces se reunian en él, queda cerrado y obstruido, dijo para sí el ciego. No es prudente que para llegar á este sitio, haya mas senda practicable que la subterránea que solo yo conozco y que conduce muy lejos de las ruinas. Por este lado no hay nada que temer.

Luego el ciego se sentó en un sillón que había al otro lado de la mesa y mientras satisfacía su apetito con el resto de los manjares que habían quedado y apuraba el contenido de las botellas, dijo al mutilado.

—Mucho ruido y mucho gasto han hecho esta noche nuestros huéspedes y no dudo que preciándose de liberales lo habrán sido con nosotros.

El mudo que comprendió al punto la intencion que abrigaban las palabras de su compañero, entrególe sin titubear la bolsa que le había dado en el momento de partir el mas anciano de los socios.

—Ah! ah! exclamó con satisfaccion el ciego, mucho tiempo habiais tardado en darme tan grata nueva.

Y tentando con su callosa mano el contenido de la bolsa, añadió con una sonrisa de placer:

—Vaya, no es escuálida la moza, y apostaria que no os habreis contentado con sobarla. De seguro que mientras yo estaba

tapiando la puerta del patio, vos os habreis entretenido en contar el número de las piezas que encierra este tesoro. ¿Todo será plata de buena ley? ¿Hay algo amarillo, es decir, de ese color que yo no comprendo sino por lo que significa en las monedas?

El astuto ciego, temeroso de que su compañero no hubiese escamoteado parte del contenido de la bolsa, acababa de hacerle aquellas preguntas que obtuvieron una contestacion negativa, tomando Murciélago la mano izquierda del ciego y agitándosela rápidamente durante un momento.

Otra vez brilló una sonrisa de placer en el rostro del ciego. Su perro participó de su gozo despidiendo un ronquido suave y prolongado, y aquella muestra de simpatía le valió parte de los restos del festin.

Hora es ya que digamos, para comprender el extraño diálogo siguiente, quién era aquel hombre y cómo á pesar de su gran defecto físico gozaba de una notable superioridad sobre Murciélago.

Hierro, tal era el nombre con que era conocido el ciego á causa de su robusta constitucion y fuerza atlética, habia sido mendigo desde su mas tierna infancia. En España, durante algunos siglos, la mendicidad era un oficio, una carrera, un modo de vivir admitido, protegido y tolerado por las leyes divinas y humanas. El mendigo gozaba de muchos privilegios y prerogativas, y cuando al abandono de su cuerpo no seguia el envilecimiento del alma, cuando á la renuncia voluntaria de las consideraciones sociales no acompañaba el desprecio de las riquezas temporales, el que vivia de la caridad pública podia prometerse con constancia y economías dias sosegados y tranquilos. La España ha sido siempre muy religiosa y por tanto tambien muy caritativa. Hierro desde su juventud se habia distinguido del vulgo de los mendigos por dos circunstancias notables ó mejor por una facultad y una pasion; la primera residia en su cuerpo, la segunda en su alma; ambas eran la fuerza, la una la fuerza física, la otra la fuerza de voluntad. Si la del ciego era de hierro, tambien

lo era su cuerpo capaz de resistir sin daño visible los mayores esfuerzos y las mas grandes penalidades. Aunque vivia en un siglo de arraigadas creencias y de fé ilimitada, aquel hombre habia sido escéptico desde que habia podido creer, y así como nada veia, nada creia como no fuese en el dia de la necesidad. Esto era sin embargo una creencia y esta creencia despertó en su alma la ambicion; no era ambicion de gloria, dominacion, grandezas y honores, sino una sed inmoderada de riquezas, parecida á la avaricia por su ardor y por los tortuosos medios de que se valiera para aumentar sus haberes. Y como ni su cuerpo ni su alma tenian necesidades que satisfacer, porque no las conocian, el ciego andando el tiempo degeneró en avaro, y en sus sueños de ambicion y en sus delirios de hombre opulento, consideraba el oro y la plata como los únicos bienes de la naturaleza que le seria dado disfrutar, no por lo que podian valer, sino porque eran otros tantos talismanes capaces de obrar maravillas.

Ha dicho un sabio que de todas las pasiones humanas, es la ambicion la mas soberbia en sus pensamientos y la mas arrebatada en sus deseos; pero al mismo tiempo la mas flexible en su conducta y la mas secreta en sus designios; y así lo vemos en efecto en nuestro héroe. Hierro, para alimentar el deseo inmoderado de adquirir, que se habia hecho una necesidad de su existencia, habia apelado á todos los medios de que generalmente echan mano los hombres de su clase. Él que no creia en nada, se habia mostrado lleno de fé y ardor, es decir, habia parecido no tal cual era, sino tal como imaginó que deseaban que fuese aquellos con quienes se habia puesto en contacto; habia empleado la bajeza de adulacion, la de cobardía, de disimulo y de desórden y finalmente la de hipocresía, con aquella luz natural que Dios le habia dado para ocultar sus pensamientos. Sin embargo es digno de notarse, que ni cuando el ciego habia sido ambicioso para atesorar, ni cuando habia degenerado en avaro, es decir, cuando se habia encendido en él la sed insaciable de oro por el oro mismo, no habia sido nunca criminal en la acepcion mas

estricta de esta palabra. Verdad es que la avaricia es sin disputa el vicio mas miserable y odioso de cuantos degradan el corazón del hombre; que en las demás pasiones pueden al menos hallarse algunas virtudes ó ser excusadas por algunas buenas cualidades, y que la avaricia destruye todas las virtudes, echa á perder todas las buenas cualidades y puede arrastrar á todos los crímenes; pero no lo es menos que Hierro siendo avaro, es decir, usurero, inhumano é ingrato, ni tiñó nunca su mano con sangre humana, ni conspiró, ni contribuyó á atentarse contra la vida de sus semejantes. Pudo tal vez ser criminal de este modo y no lo fué; no porque le faltase valor y resolución, ni porque su conciencia fuese recta ni sus juicios basados en el santo temor de Dios, pues ya hemos dicho que el ciego no creia en nada, sino porque, acaso para procurar mejor por su conservacion, sin correr inminentes riesgos, prefirió emplear el dolo, la astucia, el engaño, el fingimiento, burlándose de los hombres y dominando secretamente á los que lo oprimian y se burlaban de él. Lucha incesante de muchos años, en la que el mendigo, real primero, y despues aparente, acabó por salir triunfante recojiendo ópimo botín.

No cumple á nuestro objeto ahora, porque sin duda en el decurso de esta historia tendremos ocasion de hacerlo con mas motivo y mas cumplidamente, entrar en la relacion de una vida llena de estrañas peripecias y terribles privaciones, astucias diabólicas y rudos combates; basta que digamos que llegó un día en que Hierro se sintió asaltado de un invencible temor. Durante los mejores años de su vida, aunque privado de uno de los sentidos mas necesarios é importantes al hombre, su osadía y su talento le habian infundido valor; pero ya declinando los dias de su virilidad, menguaron tambien su esfuerzo y resolución. La avaricia se reanima y cobra al parecer nuevas fuerzas á medida que el avaro cuenta con mas años. Quanto mas se acerca el momento fatal en que debe serle quitado ó perder su tesoro, **mas cariño** le tiene; quanto mas se acerca la

muerte mas fija tiene la vista en el objeto de todas sus delicias, mas lo considera como una precaucion necesaria para un porvenir quimérico. Entonces redobla sus precauciones y su vigilancia y tambien su amor, y en sus serias inquietudes y en sus continuos sobresaltos, hasta los seres inanimados, hasta las mudas paredes que le rodean, le inspiran desconfianza y temor.

Hierro, el enemigo de Dios y de la sociedad, sufrió el cruel destino de los avaros. Despues de haber sido el verdugo de los demás, llegó á ser el verdugo de sí mismo. Las privaciones de toda suerte que se habia impuesto, los temores continuos que le asaltaban, las visiones de su imaginacion enferma, le hacian experimentar frecuentes y crueles desvelos. Pálido el semblante, reseccadas sus facciones, el infeliz ciego tenia necesidad de huir de los hombres á quienes habia atormentado, pero al propio tiempo le dolia en el alma abandonar la presa sobre la cual por tanto tiempo se habia cebado; queria ser y no ser, existir sin dar muestras de su existencia, huir y no alejarse, y en esta lucha de la pasion y de la conservacion, recordó Hierro que no lejos de la poblacion que por mucho tiempo habia sido teatro de sus hechos, en la cual se contaban no pocas de sus víctimas yertas unas, todavía con vida otras, habia unas famosas ruinas que la sencilla credulidad del vulgo habia hecho impenetrables. El ciego que, forzoso nos es repetirlo, nada creia, creyó que aquel era el asilo que le era necesario, el único que mejor podia convenir á sus deseos, y con una perspicacia que rayaba en fabulosa, con una perseverancia inaudita, con una voluntad extraordinaria, examinó atenta y escrupulosamente la antigua y abandonada morada del señor feudal, y cuando se hubo hecho cargo hasta de sus mas retirados escondrijos, cuando hubo llevado á cabo algunos trabajos de construccion y destruccion, cuando en fin se consideró seguro en el castillo del Diablo, se instaló en él con su tesoro. El dia que el avaro se vió dueño de aquella morada tenebrosa, sin mas compañero que su fiel ó inteligente perro, que ningun rumor próximo ó lejano fué á herir

Condiciones de la suscripcion.

Esta obra se publicará por entregas de 16 páginas de impresion clara, hermosa y compacta en 4.º marquilla papel superior. Cada dos entregas se repartirá una preciosa lámina litografiada y tirada á dos tintas.

La obra constará de unas cuarenta entregas. Las que escedan de este número se darán gratis á los señores suscritores.

Se publicará al menos una entrega semanal.

El precio de la entrega para todo España será de UN REAL de vn., que se satisfará en el acto de recibirla.

La correspondencia y reclamaciones deberán dirigirse en carta franqueada á su administrador *D. I. L. Bernagosi*, calle del Arco del Teatro, n.º 16.

BARCELONA

IMPRESA DEL SIGLO XIX.

A cargo de *D. I. L. Bernagosi*.

Rambla del Centro, n. 29.

1856.